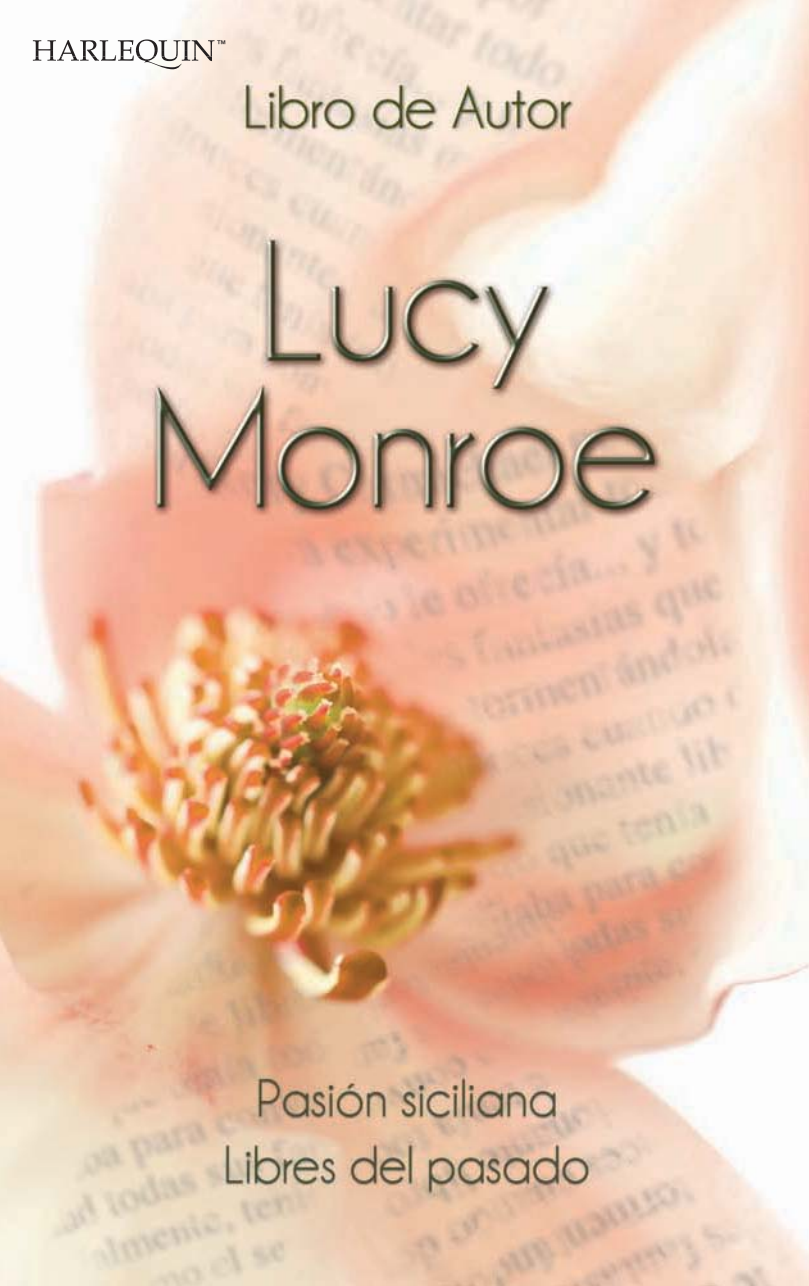
HARLEQUIN™

Libro de Autor

Lucy Monroe



Pasión siciliana
Libres del pasado

Lucy Monroe

Pasión siciliana

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Lucy Monroe. Todos los derechos reservados.
PASIÓN SICILIANA, Nº 106 - septiembre 2010
Título original: Pregnancy of Passion.
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

© 2005 Lucy Monroe. Todos los derechos reservados.
LIBRES DEL PASADO, Nº 106 - septiembre 2010
Título original: The Greek's Innocent Virgin.
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

Publicados en español en 2005.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8970-4
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta: CZALEWSKY/DREAMSTIME.COM

Capítulo 1

SALVATORE permaneció fuera de la pequeña joyería con una extraña sensación de nerviosismo en su interior.

No era habitual en él vacilar ante un enfrentamiento. No tenía ningún problema a la hora de hacerlo en el mundo de los grandes negocios en el que se movía, pero aquello era algo totalmente diferente. Se trataba de un enfrentamiento, sí, pero no tenía nada que ver con los negocios.

No tenía sentido engañarse y creer que Elisa iba a estarle agradecida por interferir en su vida, ni siquiera a petición de su preocupado padre. Elisa se había pasado el año entero evitándolo como si éste sufriera una enfermedad altamente contagiosa. Lo odiaba con la misma pasión con la que una vez se había entregado a él.

Y no podía culparla.

Tenía más motivos que nadie para despreciar a su ex amante pero eso no significaba que él tuviera que aceptar que lo apartara por completo de su vida. No podía. Su alma siciliana no dejaría que una deuda así quedara pendiente. Aunque Elisa no pudiera creerlo, la familia Di Vitale era una familia honrada y él no los avergonzaría.

Abrió la puerta de la joyería Adamo y frunció el ceño al no oír la campana que solía acompañarlo

cuando entraba en el establecimiento. Era una pequeña medida de seguridad para avisar a los empleados de la presencia de un cliente.

Avanzó dos pasos y se detuvo.

Ella estaba inclinada sobre uno de los mostradores de cristal con una joven pareja. Oía el suave tono de su voz aunque no era capaz de distinguir las palabras. Llevaba el cabello recogido. Salvatore recordó la reluciente mata de cabello oscuro suelta sobre sábanas de raso blanco. El formal peinado dejaba a la vista la delicada línea del cuello y el leve pulso allí donde se hacía claramente visible cuando estaba muy excitada.

Llevaba puesta una blusa sin mangas a juego con sus ojos verdes. La falda recta de un tono más oscuro que silueteaba sus esbeltas caderas y su pequeña cintura dejaba a la vista sólo unos centímetros por encima del tobillo. Sin embargo, si se movía un poco, la abertura trasera dejaba una vista deliciosa de las piernas que él deseaba tener alrededor de su cuerpo en un abrazo de amor una vez más.

Apretó los dientes ante la reacción de su cuerpo a tales pensamientos. La deseaba. Todavía. Dudaba mucho que alguna vez dejara de sentir el deseo de fundirse con ella. No había sucedido en un año de ausencia. Un año en el que ni siquiera se había sentido tentado de tocar a otra mujer. Un deseo como el que sentía compensaría cualquier cosa… incluso el matrimonio.

Era la única salida posible. Sólo así podría reparar todos sus pecados.

En ese momento, Elisa dijo algo a la pareja a la que estaba atendiendo y se metió tras el mostrador que les había estado enseñando para sacar la bandeja con los anillos de diamantes.

Y entonces lo vio.

Su rostro se tornó lívido como la cera y sus ojos grises sin vida. Todo lo contrario a lo que había sentido antaño ante su presencia, cuando sus ojos se iluminaban de amor por él. No había amor en ese momento.

La mano que sostenía la bandeja tembló ligeramente antes de caer sobre el mostrador de cristal.

–¿Se encuentra bien?

Elisa se obligó a mirar al hombre que le había hablado en lugar del fantasma que permanecía de pie en la puerta de la joyería. Consiguió mantener la sonrisa.

–Sí, estoy bien –dijo colocando la bandeja para que la pudieran examinar mejor–. ¿Querían ver el solitario?

Los ojos de la joven se iluminaron mientras asentía con la cabeza y miraba a su prometido a continuación con una mirada tan llena de amor que Elisa sintió un terrible dolor interno. Ella también se había sentido así una vez. Pero Salvatore había destruido ese amor igual que la mala fortuna se había llevado a su bebé.

Elisa sacó el anillo de la bandeja y sonrió a la pareja. Era maravilloso amar y ser amado. El hecho de que no esperara algo así para ella no era razón para no alegrarse por aquéllos que lo sentían.

–¿Por qué no se lo prueba?

El joven tomó el anillo y lo puso en el dedo de su prometida con expresión de ternura.

–Me queda perfecto –dijo la joven en un susurro.

Elisa no tuvo que fingir una sonrisa. Aquello sig-

nificaba una venta y lo necesitaban. Desesperadamente.

–Le queda muy bien.

Elisa casi se había convencido de que él no estaba allí, que sólo había sido una mala pasada de su imaginación. La joven levantó la cabeza y miró a Salvatore como si fuera un benevolente benefactor cuando Elisa sabía que no era nada por el estilo.

–Gracias, *signor*.

–A juzgar por el tipo de anillo, están ustedes de enhorabuena, ¿no es así?

–Oh, sí. Nos casaremos tan pronto regresemos a casa –dijo el joven con una sonrisa.

–¿No es romántico? –dijo la chica mirando con ternura a su futuro marido–. Nos conocimos en un viaje por Europa, y nos gustó tanto Italia que decidimos quedarnos un par de semanas más.

–Y entonces decidimos casarnos –dijo el joven lleno de seguridad en sí mismo.

–Enhorabuena. Estoy seguro de que serán muy felices –dijo el hombre para quien la palabra «compromiso» era lo peor que podía ocurrirle.

Elisa ignoró su comentario mientras la joven pareja le daba las gracias por sus deseos de felicidad y pagaban el anillo. Cuando se marcharon, se dispuso a cambiar la distribución de los anillos en la bandeja para disimular el hueco dejado por la mercancía vendida. No tenía ningún otro anillo para sustituir al que había vendido y no lo tendría hasta después de la subasta. No había dinero para comprar más piedras ni tampoco para comprar el oro en el que engarzarlas.

–Fingir que no estoy aquí no hará que me vaya.

Elisa se giró y lo miró, despreciando el impacto

que su presencia seguía teniendo en su cuerpo. Los pezones se le endurecieron y sintió una reacción en su interior que no había sentido en doce largos meses. Era la reacción de su cuerpo hacia el hombre para el que estaba destinada. Por mucho que su cabeza y su corazón lo detestaran, su cuerpo seguía comportándose como si hubieran sido creados el uno para el otro.

–¿A qué has venido? –preguntó Elisa, como si no lo hubiera adivinado.

Había vivido en Italia durante la mayor parte de su vida adulta, su padre era siciliano, y si había algo que había aprendido era que la culpa para un italiano era una pesada carga, pero para un siciliano lo era todavía más. Y Salvatore tenía mucho por lo que sentirse culpable. Más de lo que imaginaba, más de lo que ella estaba dispuesta a contarle.

¿Estaba buscando perdón?

Salvatore apoyó su metro ochenta de estatura contra uno de los mostradores.

–Me envía tu padre.

–¿Mi padre? –dijo ella y el corazón se le encogió en el pecho–. ¿Ha ocurrido algo malo?

Los ojos oscuros de Salvatore penetraron en los de ella y Elisa quiso cerrar los párpados para proteger su interior de un hombre que veía demasiado y nada a la vez. Había visto una vez el deseo de ella hacia él pero no había sabido reconocer el amor que se ocultaba tras él. Al final, había visto el embarazo pero no lo que significaba ser el padre de la criatura.

Salvatore suspiró como si lo molestara lo que veía en los ojos de Elisa.

–¿Aparte del hecho de que no has ido a casa en todo el año?

–Sicilia no es mi casa.

–Tu casa está donde vive tu padre.

–Y su mujer.

–Y tu hermana también.

Sí, Ana María vivía aún con sus padres. Tres años menor que Elisa, que tenía veinticinco, Ana María no mostraba deseo de independizarse. Shawna, la madre de Elisa, se habría mostrado disgustada si su hija hubiera demostrada tan poca independencia.

Elisa había sido criada para ser totalmente independiente. Su hermana había sido mimada siguiendo la tradición siciliana.

–Ana María vivirá en casa hasta que se case.

–Eso no es malo.

–Cada una es como es –dijo Elisa encogiéndose de hombros. Ella estaba contenta con la vida que llevaba en la pequeña ciudad cerca de Roma. Su trabajo le permitía viajar, al menos cuando había dinero para ello, y no tenía a nadie que le dijera lo que tenía que hacer. Nadie en absoluto.

–La campana no ha sonado cuando he entrado en la tienda.

–Está rota.

–Deberías arreglarla.

–Lo haré –dijo ella. Después de la subasta.

–No me has preguntado por qué me ha pedido tu padre que venga.

–Supuse que me lo dirías cuando te pareciera adecuado. Por tus palabras, entiendo que no ha pasado nada malo.

–Así es si no contamos el miedo que tiene de que te pase algo.

¿Le habría dicho su padre a Salvatore lo de las joyas de la corona? Ella no se lo habría dicho. Fran-

cesco Guiliano era un hombre tradicional. Elisa había sido el resultado de un desliz con la actriz Shawna Tyler. Él había querido casarse cuando supo que ella estaba embarazada. Su madre se había negado. No quería un marido que la atara y tampoco había permitido que ser madre la atara.

–¿Por qué tiene miedo? –preguntó Elisa. Llevaba siete años viviendo sola.

–No creer que el señor Di Adamo tenga la seguridad suficiente en su tienda como para hacerse cargo de algo tan valioso como las joyas de la corona de Mukar.

–Eso es ridículo. Esto es una joyería. Claro que podemos hacernos cargo de las joyas.

Salvatore sacudió la mano en un gesto de impaciencia.

–Valen diez veces más todo lo que hay en esta tienda. Más de una facción en Mukar no está de acuerdo con la disolución de la monarquía y la venta de las joyas.

–Mukar necesita el dinero. El anterior príncipe lo entiende así y pensó que tendría que hacer todos los sacrificios que fueran necesarios para la supervivencia de su país.

–Sea como sea, corres riesgo –dijo él con tono serio, como si realmente le importara.

Elisa rió con desprecio. Era muy posible que Salvatore se sintiera culpable por la forma en que la había tratado, pero no le importaba lo que le ocurriera; sería una estúpida si se permitiera fantasear con algo así.

–Estoy perfectamente.

–¿Con la alarma de seguridad rota? –dijo él echando un vistazo despectivo al establecimiento–.

Las demás medidas de seguridad son antiguas. Hasta un ladronzuelo de segunda podría robar aquí.

–Eso no va a ocurrir. No ha habido ningún robo desde que el señor Di Adamo se hizo cargo de la tienda, y tiene ahora sesenta años.

–Así es. Es un hombre viejo. Demasiado débil para protegerte. Y los tiempos cambian. No puedes ignorar esos cambios, ni siquiera aquí –dijo Salvatore describiendo un arco con el brazo para referirse a la tienda incluso a la pequeña ciudad en la que vivía.

–¡No vivo en la ignorancia!

–No, pero eres peligrosamente ingenua si crees que hacerse cargo de algo como las joyas de la corona de Mukar no supone un riesgo para ti.

–Tendré más cuidado. Además, las tenemos en la cámara de seguridad.

–No es suficiente –dijo él sacudiendo la cabeza y sonriendo.

–Tanto si lo es como si no, no es asunto tuyo.

–Tu padre ha hecho que lo sea.

–No tenía derecho a hacerlo. Él no dirige mi vida.

Habría seguido hablando pero el señor Di Adamo entró en la tienda en ese momento. Llevaba con él a su nieto Nico.

–Señor Di Vitale. Es un placer volver a verlo por aquí. Y esta vez viene cuando mi ayudante está en la ciudad.

–Señor Di Adamo –Salvatore se giró y extendió la mano para saludarlo. A continuación hizo lo mismo con Nico–. Te estás haciendo muy mayor, Nico. Pronto podrás trabajar con tu abuelo en la joyería.

Nico lo miró con los ojos relucientes de alegría y

Elisa no pudo dejar de preguntarse cómo podía haberse desarrollado una amistad tan profunda entre su jefe y su ex amante durante el año que ella lo había estado evitando.

–Si es que sigo teniendo la joyería –dijo el hombre con una voz débil por el sentimiento de derrota–. Esta jovencita me ha dado nuevas esperanzas. ¿Le ha contado lo de las joyas de la corona?

–Su padre lo hizo.

–Es un milagro que pudiera convencer al anterior príncipe de la corona para que nos encarguemos nosotros de la subasta, pero es muy inteligente y capaz de convencer a cualquier hombre con sangre en las venas para que cumpla sus deseos –el hombre le guiñó un ojo a Salvatore–. ¿No es así?

Elisa podría haberle dicho a su jefe que no había sido lo suficientemente deseable para convencer a Salvatore de que la amara, pero no lo hizo, porque ya no le importaba. No quería su amor. No quería pensar más en ello tampoco. Sólo quería que la dejaran en paz.

Pero no pudo ser. Salvatore se quedó allí, discutiendo con el señor Di Adamo los defectos del sistema de seguridad de la tienda. Insistió en hacerlo en el interior, aprovechando toda oportunidad de pasar cerca de ella. Y cada vez que esto ocurría, su cuerpo la traicionaba.

No importaba lo que hiciera para evitarlo. Si ella se movía él la seguía. En menos de treinta minutos, había perdido los nervios. Incapaz de soportar ni un minuto más la presión de estar cerca del hombre al que una vez había amado sin recibir amor a cambio, y al que en ese momento despreciaba, huyó hacia su despacho en la parte trasera del establecimiento.

Pensó que podía trabajar en la subasta. El señor Di Adamo podía ocuparse de la tienda.

–Llevas un año huyendo, Elisa. Se ha terminado.

«Estúpida». No había sido muy acertado buscar refugio en una habitación pequeña con una sola salida. Tuvo que enfrentarse a él deseando no sentir nada en su interior, igual que cuando perdió a su bebé y sus sueños quedaron rotos.

Allí estaba bloqueando la puerta, literalmente. Elisa se negó a permitir que las emociones internas que la recorrían salieran al exterior.

–No estoy huyendo. Tengo que trabajar.

–¿Pretendes decirme que no huías cada vez que te las arreglabas para no estar aquí cuando yo venía?

–No siempre estaba fuera.

–Eso es cierto. La primera vez que vine, te quedaste en casa y te negaste a abrirme la puerta.

Elisa había amenazado con llamar a la policía si no se alejaba de su casa, y hablaba en serio. Ella sabía que no serviría de nada con él, pero aun así lo amenazó. Un hombre de riqueza y posición tan elevada como la suya podría haber hablado con la policía y convencerlos de que no pasaba nada, pero ni siquiera lo intentó. A pesar del alivio, Elisa no lograba comprender por qué había reaccionado como lo hizo.

–Pero regresaste.

–Y tú te marchaste.

–Tenía un viaje de negocios.

Salvatore había cometido el error de llamarla para decirle que estaba en Roma y se dirigía a verla. Elisa decidió adelantar su viaje de negocios tres días.

–Estabas huyendo, igual que la siguiente vez que intenté verte.

–Tuve que ir a ver a mi madre.

–Tu padre te dijo que yo venía hacia Roma. Tú sabías que trataría de volver a verte y decidiste tomar un vuelo a América una hora antes de mi llegada.

–Mi padre pensó que me gustaría verte –Elisa soltó una risa llena de sarcasmo.

–Huiste, Elisa, y yo te dejé, pero no puedo permitir que lo sigas haciendo.

–No quiero verte nunca más. Eso no significa que esté huyendo. Ésa es la realidad.

Salvatore se estremeció o tal vez fuera un efecto óptico provocado por la luz. La luz temblaba a veces con las instalaciones antiguas.

–También es una realidad que tu padre me ha pedido que te proteja. Y es lo que voy a hacer.

–No necesito que me protejan.

–¿Cómo puedes asegurarlo? –Salvatore parecía furioso–. El sistema de seguridad de la tienda es peor de lo que imaginaba. Ha sido un milagro que no hayan robado. Esta tienda es el sueño de cualquier ladrón principiante –el ímpetu en la palabra «principiante» rebajó un tanto el desprecio hacia el sistema de seguridad.

–No ha habido dinero para hacer mejoras en ese aspecto.

–Eso no es excusa. Según el señor Di Adamo y tu padre, pasas muchos días aquí sola. ¿Es eso cierto?

–No es asunto tuyo.

–En eso te equivocas.

Aquella afirmación tan categórica despertó algo en su interior. El dolor que había ido creciendo durante meses mientras intentaba convencerse de que ya lo había superado estalló en su pecho. No había habido enfrentamiento que hubiera puesto punto final a su relación. Ella había salido del hospital en

contra de las instrucciones del médico y se había negado a volver a ver a Salvatore.

Elisa se puso de pie de un salto y, sin pensarlo, se acercó a él hasta quedar a meros centímetros. Se aseguró de estar cerca y habló golpeando con su dedo el pecho de roca de Salvatore para enfatizar el significado de sus palabras.

–No soy nada para ti –dijo apenas logrando contener el tono de su voz–. No era nada para ti mientras me poseías y ahora que ni siquiera somos amantes, mucho menos. Y tú no eres nada para mí.

–Dijiste que yo era el padre del hijo que perdiste.

El impacto de las palabras la golpeó con tanta fuerza que perdió el equilibrio como si hubieran sido golpes físicos contra su cuerpo, el dolor tan intenso que no sabía si podría contenerlo. De pronto, con la rapidez de un rayo, Salvatore la tomó por la muñeca y la acercó hacia sí mientras sus labios articulaban palabras que ella no pudo comprender. El cuerpo de ella se amoldaba al de él de una forma que una vez había sido placentera, pero que en ese momento sólo le provocaba odio y miedo. Odio por su propia reacción y miedo de que él pudiera darse cuenta.

–No hables así. Lo que fueras en aquel tiempo, cuando estábamos juntos, me lo ofreciste. No fue algo repugnante, como quieres dar a entender con tus palabras.

¿Lo que fuera? Una virgen. Eso era lo que había sido para él, pero debido a que su himen no había resistido los embates de sus tiempos como gimnasta, él había creído lo contrario. De hecho había supuesto que era el mismo tipo de mujer que su madre.

–Pues ya no te ofreceré nada más. He aprendido la lección –le espetó.

Salvatore la miraba con pura furia, la mandíbula marmórea tensa. Y ella se alegró. Quería enfurecerlo, tanto como para que la dejara en paz de una vez por todas.

–No tenemos que discutir ese tema ahora. Estoy aquí por tu seguridad. Nuestra relación puede esperar.

–No… –Elisa se alejó de él de un brinco y se acercó a la mesa–. No tenemos ninguna relación. Ninguna. ¿Me oyes? Déjame en paz, Salvatore. No hay lugar para ti en mi vida y nunca lo habrá.

Él no contestó, sólo la miró, fijamente. A continuación, bajó la vista hacia su pecho y Elisa deseó gritar. Mientras le había estado diciendo que se marchara, su cuerpo no había dejado de reaccionar a su aroma, a la sensación de estar junto a él de nuevo.

–Te engañas a ti misma si crees que eso es cierto.

–Preferiría irme a la cama con una rata que contigo, señor Salvatore Rafael di Vitale –dijo ella cruzando los brazos sobre sus traicioneros y duros pezones.

Él ladeó la cabeza como si lo hubiera golpeado. Lo que dijo a continuación asombró a Elisa por la calma con que lo hizo.

–El señor Di Adamo necesita hacer mejoras en el sistema de seguridad para que pueda decirse que la tienda es segura. Y aun así, ninguno de los dos debería estar solo en ella.

Elisa se apoyó en el respaldo de la silla. El peso de sus responsabilidades le parecía tan grande que no podía seguir soportándolo.

–Estoy segura de que tienes razón, pero no se puede hacer nada de eso.

–Debe hacerse.

–No hay dinero.

–Aun así, tiene que hacerse –contestó él sin hacer caso a la afirmación.

Elisa se preguntó si no la habría oído. Tal vez, para un hombre como Salvatore, poseedor de una de las más prestigiosas empresas de seguridad del mundo, el concepto de carecer de dinero no significaba nada.

–No podemos –suspiró Elisa frotándose los ojos con los dedos, sin importarle que, por un momento, su enemigo viera un signo de flaqueza en ella. Estaba tremendamente cansada–. El señor Di Adamo está intentando mantener la tienda por todos los medios para su nieto, pero cada año es más difícil.

–La subasta de las joyas de la corona será una fuente de ingresos.

–Sí. Un buen montón de dinero que necesita desesperadamente, pero no sé si será suficiente. El sistema de seguridad no es lo único que necesita mejoras.

–Yo me encargaré de ello.

–No te dejará –dijo ella pensando en el orgullo del hombre.

Salvatore se limitó a sonreír vagamente. En realidad sólo levantó los labios ligeramente, recordándole a Elisa momentos que sería mejor olvidar.

–Sé cómo convencerlo.

–No lo dudo. Se te da muy bien manipular a la gente.

–No voy a discutir otra vez, *cara*.

–Yo no quiero discutir contigo –y era cierto. Sólo deseaba que se marchara.

–Bien.

Por un momento no comprendió lo que Salvatore había querido decir hasta que se dio cuenta de que sólo había dicho en voz alta que no quería discutir pero no que deseaba que se marchara.

–No quiero verte.

–No se puede tener todo, *dolcezza*.

Dolcezza. Dulzura. Así era como solía llamarla porque decía que era muy dulce. Aquello levantó heridas de nuevo, heridas que ya no sangraban pero que tampoco estaban curadas por completo.

–No me llames así.

–¿Dónde están las joyas de la corona ahora? –preguntó como si no la hubiera oído.

–Ya te lo he dicho. En la cámara de seguridad.

–¿Ya están en tu poder? –dijo él, su cuerpo tenso y alerta.

–Sí.

–Tu padre pensaba que todavía faltaba una semana o más para que las trajeran desde Mukar.

–Eso era lo que quería el anterior príncipe. Les dijo a todos que las transportarían justo antes de la subasta. Esperaba poder hacerlo en secreto. Y funcionó.

–Sólo porque yo no supiera que las tenías ya en tu poder no significa que nadie más lo desconozca.

–Están seguras en la cámara de seguridad –repitió ella con tozudez.

–Tal vez, pero tú no estás segura.

Seguía insistiendo en lo mismo y ella sabía que tenía razón, pero no sabía qué hacer. Lo cierto era que cuando estuvo negociando la subasta no había tenido en cuenta su seguridad. Tras haber perdido a su hijo y a Salvatore, tenía la sensación de que nunca alcanzaría la felicidad y por tanto podía arriesgarlo todo para

asegurar un futuro al negocio de un hombre que había sido tan bueno con ella. El señor Di Adamo.

Mientras pensaba en lo único que lo preocupaba, Salvatore se acercó subrepticiamente hacia ella. Le acarició la mejilla con suavidad y Elisa sintió como si la marca quedara grabada a fuego sobre su piel.

–Nunca te dejaré sola –y diciendo esto giró sobre sus talones y salió del despacho.

Capítulo 2

SALVATORE esperó a que Elisa saliera del despacho. Había pasado la tarde trabajando en la subasta mientras él y el señor Di Adamo discutían los detalles del nuevo sistema de seguridad. El señor Di Adamo se ocupó también de los clientes mostrando a su nieto los entresijos del negocio mientras Salvatore hacía unas llamadas y pedía que el equipo se instalara de inmediato.

Había sido una tarde muy agradable pero aún le quedaba por hacer lo más difícil. Tenía que decirle a Elisa que la llevaría a casa y se quedaría con ella. No tenía otra opción, pero dudaba mucho que Elisa quedara satisfecha.

Y así fue.

Cinco minutos después lo miraba como si acabara de sugerirle la mayor de las obscenidades.

–De ninguna manera –dijo sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que algunos mechones escaparon del recogido y cayeron sobre sus verdes ojos. Elisa hizo un gesto impaciente para retirarlos–. No vendrás a casa conmigo.

–Si alguien se entera del paradero de las joyas, ni tu jefe ni tú estaréis a salvo. Él se quedará con su hija y su yerno. Tú no tienes a nadie.

La expresión de Elisa al oír sus palabras fue de un vacío espiritual tan grande que Salvatore no podía

creer perteneciera a la apasionada mujer que había sido su amante una vez.

–Tampoco te tengo a ti. No lo haría. Ni siquiera por orden de mi padre. No vendrás conmigo. Punto –dijo Elisa saliendo de la tienda y dejando que el señor Di Adamo cerrara. Salvatore maldijo la situación y salió tras ella.

–Al menos deja que te lleve a casa –ya se ocuparía él de llegar hasta la puerta del apartamento.

–Tomaré el autobús –dijo ella echando a correr para tomar el que se acercaba y Salvatore quedó sorprendido de la forma tan hábil en que lo había burlado.

Furioso, dio instrucciones a uno de los hombres que había llevado consigo de que acompañara al señor Di Adamo y a su nieto a casa. Por su parte, se acomodó en su todoterreno negro dispuesto a seguir al autobús en el que iba Elisa. No estaba de muy buen humor cuando llegó.

Elisa bajó del autobús y dijo algo desagradable al verlo allí.

Salvatore la estaba esperando delante de su edificio. En sus ojos había una mirada violenta aunque ella sabía que aquel hombre nunca le haría daño físico. Sin embargo ella no podía evitar el escalofrío de aprensión que le subió por la columna vertebral.

Se acercó a la entrada con cautela, los ojos fijos en la puerta a la izquierda del hombre. Se detuvo a poca distancia porque él no se había movido, ni siquiera había hablado, aunque su lenguaje corporal hablaba a gritos, y nada bueno.

–No vuelvas a huir de mí.

Elisa tuvo el coraje de mirarlo a los ojos fingiendo no sentir dolor.

–Déjame en paz. No puedes darme órdenes.

–Alguien tiene que hacerlo. No te preocupa tu propia seguridad.

–¿Qué crees que podría pasarme en un autobús público? –dijo ella abriendo desmesuradamente los ojos.

–Si no lo sabes, eres más ingenua de lo que deberías ser para tu edad –contestó él procediendo a enumerar los peligros a los que podría haber tenido que enfrentarse. Cuando terminó, Elisa sentía una mezcla de náuseas e irritación.

–Y si piensas que tu apartamento será más seguro, eres una estúpida –añadió al ver que ella se quedaba en silencio.

–Supones que hay más gente que sabe que las joyas están en la tienda pero no tienes pruebas que lo demuestren.

–Hay que ponerse en lo peor y actuar de acuerdo –dijo él sin pedir disculpas por el cinismo que ocultaban sus palabras, disculpas que ella tampoco habría esperado de él. Cuando aún lo amaba, se había dado cuenta de la visión pesimista que tenía del mundo.

–Aunque alguien supiera y quisiera robar las joyas, la cámara de seguridad tiene un temporizador que controla su mecanismo de apertura –dijo ella no sin satisfacción–. El señor Di Adamo no puede abrirla antes de las nueve de la mañana por mucho que quisiera hacerlo antes.

–Eso no evitará que puedan utilizarte para llegar hasta ellas.

Elisa suspiró consciente de que podía tener razón pero se negaba a creer que su vida pudiera correr un riesgo tan alto.

–Por favor, quítate de en medio –dijo mientras buscaba la llave–. Quiero entrar.

–¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

–Lo he escuchado. Simplemente no creo que sea así –dijo sacando por fin la llave.

–Cabezota –dijo él y en un rápido movimiento le quitó la llave. Fue como la primera vez que la besó: inesperada.

Intentó recuperar la llave pero él ya estaba abriendo la puerta. Retrocedió un paso para hacerla entrar, pero sin soltar en ningún momento la llave.

–El edificio cuenta con un sistema de seguridad, por todos los santos.

–Un pequeño cerrojo no es suficiente seguridad. Sobre todo cuando el cerrojo es tan viejo como éste.

El edificio entero era antiguo y a ella le gustaba. Su apartamento tenía carácter y el alquiler era barato. Se negaba a vivir de sus padres y el señor Di Adamo no podía pagarle más dinero aunque lo mereciera.

–Deja de exhibir tus conocimientos sobre medidas de guardia de seguridad y devuélveme la llave. Tengo hambre y estoy cansada. Quiero llegar a mi casa, hacerme la cena y meterme en la cama.

–Soy un especialista en medidas de seguridad, no un guardia.

–Lo que sea.

Elisa no tuvo que volver a pedirle la llave. Salvatore cubrió con grandes zancadas la distancia hasta su apartamento. Cuando se detuvo delante de la puerta, ella lo miró inquisitivamente.

–¿Cómo sabías cuál era mi piso?

Elisa se había mudado tras la ruptura, incapaz de soportar los recuerdos que su otro piso despertaba en ella.

–No ha sido tan difícil averiguar tu dirección. De

hecho, quince segundos y un ordenador bastan. Sin embargo, en este caso, simplemente tuve que preguntar a tu padre.

–Oh –Elisa no supo qué decir. No le había dicho a su padre nada de su breve aventura con Salvatore ni el desastroso final.

–No le contaste lo nuestro –dijo él poniendo voz a los pensamientos de ella.

Elisa se encogió de hombros mientras él abría la puerta del piso.

–Tampoco le dije lo del bebé –dijo Elisa sin saber muy bien por qué.

–Yo tampoco.

–Lo sé.

Su padre ignoraba el embarazo y el aborto involuntario que había sufrido, al igual que también ignoraba el tipo de rata que era el hijo de su mejor amigo. Elisa tampoco se lo había contado a su madre. De hecho, la única persona que lo sabía era ese hombre y no podía esperar comprensión de su peor enemigo.

Entró en el piso y ella no tuvo más remedio que seguirlo.

–Es bonito.

Elisa echó un vistazo a su pequeño apartamento. Tenía cuarto de baño pero la estancia principal hacía las veces de salón y dormitorio cuando abría el mueble-cama.

–Alegre, como tú –añadió Salvatore.

Como solía ser, tal vez. Había tratado de hacer de su hogar un lugar alegre pero la decoración no había conseguido que superara la sensación de pérdida y soledad. Ni siquiera el sol que se colaba por la ventana lograba subirle el ánimo.

–Gracias –contestó ella con gravedad.

–Cámbiate y te llevo a cenar –dijo él con tono impaciente.

–¿Qué le pasa a mi ropa? –preguntó ella poniéndose de inmediato a la defensiva.

–Nada. Vamos –dijo él tomándola del brazo. Elisa sintió que el contacto la abrasaba.

–No he dicho que vaya a ir contigo –dijo ella tratando de soltarse.

–¿Prefieres preparar tú la cena? –preguntó él con la misma sonrisa que solía emplear antaño. Elisa sintió un pinchazo en el corazón–. Hace mucho que no cocinas para mí, pero recuerdo que eras una estupenda cocinera. Me gustaría repetir la experiencia.

–Pues yo preferiría que te fueras –espetó ella explotando al escuchar el arrogante comentario–. Ya me has acompañado hasta casa, estoy sana y salva, no hay razón para que prolonguemos esto.

–Parece que no lo entiendes.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella dejando de hacer fuerza para recuperar el brazo. No iba a dejarla ir y cada movimiento la hacía más consciente de la cercanía de su cuerpo.

–No voy a dejarte sola.

–¿Qué es exactamente lo que pretendes? –dijo ella aterrada por lo que se esperaba.

–Hasta que pase la subasta seré tu fiel compañero.

–¿Fiel tú? –dijo ella con desdén, tratando de asimilar sus palabras.

–Nunca te fui infiel –afirmó él apretándole el brazo con más fuerza.

Lo creía a pesar de no querer hacerlo. No quería creer en él igual que él no había querido creerla a ella cuando le dijo que estaba embarazada. No quería darle la satisfacción de decírselo, al menos.

–No.

–¿No, qué, *dolcezza*?

–No te quedarás aquí conmigo –dijo ella y su voz se rompió cuando Salvatore posó la mano sobre su clavícula. Se sentía como un pajarillo obnubilado ante una serpiente. No podía moverse pero sabía que dejar que la tocara sería desastroso para ella.

–Hice una promesa a tu padre y voy a cumplirla.

–No necesito un guardaespaldas.

–Él no piensa igual.

–Mi padre no me dice lo que tengo que hacer.

–Eso es cierto. Al contrario que tu hermana, tú tienes la desconcertante tendencia de ir a tu aire, pero pensé que aunque sólo fuera por amor a tu padre dejarías de hacerlo para evitarle la preocupación constante por tu seguridad.

–Eso es lo que él dice –dijo ella, que no pensaba dejarse manipular tan fácilmente.

–Tuvo un ataque al corazón el mes pasado. ¿Te lo ha dicho?

–No –dijo ella con apenas un susurro. No podía respirar–. No me ha dicho nada.

–No sé. Tal vez no quisiera preocuparte.

–¡Debería haberlo sabido! –la angustia que sentía le recordó que no era más que una extraña. No pertenecía a nadie ni a ningún lugar.

Salvatore la estudió de una manera que la hacía sentirse vulnerable.

–Ahora lo sabes. ¿Quieres que sufra otro ataque?

Elisa se sentía impotente. A pesar de no tener una relación muy cercana con su padre lo quería mucho. Era cierto que no tenía muy buen aspecto la última vez que lo había visitado.

–No.

–Entonces me quedo.

Haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad, Elisa retrocedió en un intento por alejarse del insidioso contacto.

–No. Si papá está tan preocupado, admitiré que me ponga un guardaespaldas, pero no tú.

–Es un encargo demasiado importante para dejarlo en manos de otro.

–¿Yo, importante? –no podía evitar reírse del comentario.

Salvatore tensó la mandíbula y sus ojos marrón chocolate se convirtieron en lanzallamas.

–Deja de presionar, Elisa.

El tono que empleó le decía que era lo más aconsejable, pero Elisa no podía contenerse. Tenía demasiado dolor acumulado. Aquel hombre le había hecho mucho daño y una parte de ella quería devolverle el golpe, aunque sólo fuera a través de comentarios hirientes para su orgullo masculino.

–Consígueme otro guardaespaldas.

–Eso no va a pasar.

–Llamaré a papá y le diré que no quiero que estés cerca de mí.

–¿Y vas a decirle por qué?

–No tengo que darle explicaciones –contestó ella deteniéndose de camino al teléfono.

–Quiere que tengas lo mejor y yo soy el mejor. Tendrás que darle una explicación.

Lo cierto era que sabía que Salvatore tenía razón. Aunque algunos de los hombres disponibles en la empresa eran ex militares, ninguno había sido entrenado tan a fondo como Salvatore. Su padre y su abuelo se habían encargado de ello enviándolo a formarse en una academia de élite en la que le habían

enseñado una forma de combate cuerpo a cuerpo sin igual en todo el mundo.

A la formación técnica había seguido la universidad con resultados que lo dejaban a la par con el servicio secreto del gobierno.

–Entonces se lo diré.

–¿Y te arriesgarás a provocar otro ataque? ¿Tan poco significa para ti?

–¿Por qué me haces esto? –dijo ella apretando los puños mientras su cuerpo se estremecía por las emociones que ya no podía seguir controlando–. ¿No me has hecho ya bastante daño?

Ya lo había dicho. La verdad quedó al descubierto. Él tenía el poder para hacerle daño y lo había llevado a la práctica.

–No hago esto para hacerte daño. Necesitas mi protección –dijo él, su rostro parecía de piedra.

–¡Estar cerca de ti me hace daño! –gritó incapaz de seguir ocultándolo. Tal vez diciéndole la verdad dejaría de insistir en ser él quien la protegiera y asignaría a otra persona. Podría aprovecharse del sentimiento de culpa de los sicilianos–. No puedo soportar los recuerdos, Salvatore. ¿No lo ves? No verte es la única forma de empezar a vivir con ello.

Un gesto de dolor cruzó el rostro de Salvatore pero fue sólo un segundo.

–Fingir que no sucedió no es vivir.

De pronto, Elisa se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Salvatore quería hablar de lo sucedido. No podría soportarlo. Hablar del pasado abriría sus heridas en vez de curarlas. Pero él no se daba cuenta, claro, porque él no sentía el punzante dolor de haber sido rechazado. De hecho nunca había sentido por ella más que deseo sexual.

Desesperada por evitar la confrontación que se avecinaba, Elisa se decidió por el menor de los inconvenientes.

–¿Dijiste algo de una invitación a cenar?

–Tenemos que hablar, Elisa.

–Estoy realmente cansada. Preferiría no cocinar esta noche.

A juzgar por la forma en que frunció el ceño, era evidente que Salvatore se sintió irritado ante la negativa de Elisa pero, al final, y para sorpresa de ésta, accedió.

–Está bien. Si no tienes que cambiarte de ropa, vámonos.

–Deja que me peine un poco y me pinte los labios.

Salvatore accedió de nuevo y Elisa sintió un gran alivio cuando se encerró en el pequeño cubículo que hacía las veces de cuarto de baño.

Salvatore empezó a maldecir. Había pensado que iba a ser difícil vencer la aversión que Elisa sentía hacia él pero estaba resultando prácticamente imposible.

Elisa no estaba enfadada con él. Simplemente, lo odiaba. Había perdido a su bebé por su culpa. Ella nunca lo había dicho con esas palabras pero la última pelea que tuvieron había sido tan fuerte que el enfrentamiento provocó sin duda el aborto. Él había aprendido a vivir con la culpa por lo sucedido pero no seguiría viviendo con la idea de no haber hecho nada para solucionarlo. Sin embargo, era evidente que no estaba preparada para hablar de matrimonio aún.

Tendría que cortejarla. Torció los labios en una expresión llena de cinismo. Sabía cómo lo haría. En la cama. Seducirla sería más fácil que tratar de convencerla con palabras. Y más agradable, también.

Puede que a ella no le gustara, pero su cuerpo seguía reaccionando a su presencia sin que ella pudiera evitarlo. El pulso se le aceleraba al más mínimo contacto con él. Un poco más de tiempo y la suficiente proximidad bastarían para verse cada uno en los brazos del otro.

No importaba lo que hubiera pasado antes. Definitivamente quería volver a meterse en la cama de Elisa. Ni siquiera el matrimonio le parecía un alto precio para recuperar la pasión y el fuego que una vez habían sido suyos.

Cuando Elisa salió del cuarto de baño su aspecto era frágil pero adorable. Se había dejado el pelo suelto y retirado de la cara con una horquilla. Su rostro tenía más color que antes pero probablemente fuera por el maquillaje más que por una mejoría en sus sentimientos. Sus ojos verdes, antes siempre animados, estaban ahora desprovistos de toda emoción.

–¿Listo? –preguntó con voz absolutamente inexpresiva.

Salvatore odiaba aquella actitud. Quería disfrutar de la Elisa de un año antes, no de aquella extraña. Era cierto que se había comportado como un estúpido. Aunque el padre de Elisa dijera que la hija era como la madre, Elisa era distinta en una cosa. Ella sí quería casarse con él cuando descubrió que estaba embarazada.

Seguía sin saber si él era el padre de aquel bebé. Llevaban juntos un mes tan sólo cuando ella le dijo que estaba embarazada… ¿Qué posibilidades había? Pero él estaba decidido a arriesgarse porque quería tenerla en su cama y en su vida. Lo había decidido demasiado tarde y tenía que vivir con el arrepentimiento.

–Vamos –dijo tomándola de la mano.